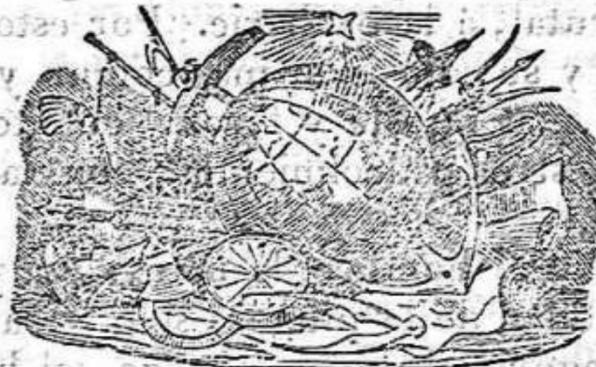


LA MACHETA



DE FRUTOS LITERARIOS.

Semanario de Palma.

JUEVES 9 DE MAYO DE 1844.

DE LAS MUJERES.



Primer artículo.

En un tiempo de destrucción, de horrores y lágrimas, y cuando los hombres olvidados de la civilización y de sí mismos, se despedazan unos á otros como perros rabiosos, ó como las fieras en los desiertos, la voz de la naturaleza robustecida con los ayes de nuestra situación política, nos impele con una fuerza irresistible hácia los brazos del bello sexo. Nuestro oprimido corazon se dilata en ellos; ante sus apacibles miradas desaparece la iracundia y ferocidad de las nuestras, y solo en su amabilidad y dulzura encontramos el consolador reposo, que la desgracia nos niega por todas partes. Natural y justo es que consagremos algunos momentos en obsequio de esta mitad preciosa del género humano, y con mayor razon cuando pertenecen á ella la inocente niña en que están cifrados los destinos de nuestra patria, y la augusta gobernadora que los dirige. Esperamos que nuestras lectoras no llevarán á mal nuestras tareas, y si alguna vez se ven defraudadas en sus esperanzas, les rogamos que se acuerden de que somos hombres y escritores, y que por lo

mismo es fácil que nos *deslicemos*. Mucho se ha escrito acerca de las mugeres, y mucho queda que escribir en una materia tan resbaladiza. Oprimida y adorada á la vez por el hombre en todos los países y en todos los tiempos, la muger se presenta como un fenómeno en la escena del mundo, ante los ojos del observador. Su imperio pertenece á las gracias, á la inteligencia; su esclavitud á la fuerza brutal, á la barbarie. Por esto aquel es mas estenso en las naciones civilizadas, y su opresion mas comun y fuerte en las rústicas y salvages; opresion tanto mas injusta y feroz, cuanto que las mugeres tienen que sufrir por mitad nuestros padecimientos, con la añadidura de los que le son propios.

La fuerza no se la dió al hombre la naturaleza para abusar de ella empleándola contra la debilidad de la muger, sino para protegerla, para ser su apoyo y su muro de seguridad. Sin embargo, el hombre abusa constantemente de esta fuerza, y esto nos lleva á sospechar que tambien el abuso debe ser una ley de la naturaleza. En este caso no quedan mas armas á la muger que la compasion y los amortiguados recuerdos de un amor que pasó, armas por cierto débiles y enmohecidas. La esclavitud de la muger se halla entronizada en la mayor parte del globo que habitamos, y esta esclavitud es tan antigua como la existencia del género humano. Decimos mas; la muger ha sido esclava del hombre por muchos siglos en todos los países de la tierra. La primera conquista de la civilizacion ha sido la de la libertad del bello sexo, respecto del *feo* quedan todavía sus dificultades que deslindar. Pero esta conquista, esta libertad de la muger es débil y tímida como ella, y no puede dejar de serlo. La naturaleza le dió el imperio de las gracias, pero le negó el de la fuerza, y la fuerza da la ley cuando rompe los diques de la cultura y la inteligencia. En los países bárbaros no tiene que romperlos porque no los hay; allí la fuerza lo es todo, y las mugeres por eso no son nada: son únicamente el juguete del hombre, que le agrada ó le fastidia segun el humor del momento. La muger en esta situacion es el ser mas desgraciado del universo, y el convencimiento de esta triste verdad hizo que en varios puntos de América matasen las madres á sus hijas á pocos momentos de nacer movidas de una compasion feroz si es lícito decirlo así, que miraban como un deber.

En los pueblos de Oriente, la esclavitud y la clausura de las mugeres, no solo está autorizada por las costumbres, sino espresamente prevenida por las leyes despóticas de tales países. Desde la Turquía hasta las playas orientales de la China, las mugeres están desatinadas á satisfacer en silencio los brutales caprichos del tirano que les cabe en suerte, del dueño que las compra ó del ávaro que las recoge para comerciar con ellas como con otra cualquiera mercancía. Allí está constantemente ahogada la voz de la naturaleza. El odio debe ser disfrazado con la máscara de un amor que no existe ni puede existir; porque donde hay opresion no puede haber amor; el amor es siempre libre y no hay poder humano que pueda fijarle ni dirigirle. Allí la muger no es la compañera del hombre, es un hermoso animal destinado á su uso y á su recreo. Otro tanto sucede en la inmensa estension del Africa conocida, y es de sospechar que suceda en la que todavía no lo está. En los países en que los rayos del sol son mas radiantes, la vegetacion mas rica y continuada, en donde, en una palabra, se muestra la naturaleza mas risueña y prolífica, allí precisamente se observa la sorprendente anomalía de ser mas infeliz el género humano, y las mugeres lo son principalmente hasta el extremo mas lastimoso.

El clima tiene sobre nosotros mas influencia de lo que comunmente se piensa; al nacer nos imprime su sello indeleble, y muchas desgracias y muchos errores que achacamos á las malas leyes y á la ignorancia, son un efecto necesario del primer aire que respiramos; y esta es á nuestro entender la razon de hallar destinados los climas suaves y templados para perpétua residencia de la civilizacion y la inteligencia. En estos climas la muger ha conquistado su independendia hasta donde lo han permitido las malas leyes del pudor y del decoro, sostenedoras poderosas del imperio de las gracias y la hermosura. Pero este decoro y este pudor está tambien sujeto al capricho del hombre, y de aqui nace la mayor ó menor latitud de la independendia de las mugeres en las diversas naciones cultas de la tierra. De la clausura vergonzosa pasaron al humillante retiro, y de aqui al escaso trato de alguna amiga, siempre bajo la vigilancia y la tutela del hombre ante quien deben reprimir sus mas inocentes deseos, so pena de irritar su orgullo y atraer sobre sí mismas el desprecio y la opresion lángnida y fria que aquel engendra, ó la violenta y furiosa que acompaña constantemente á los celos. Esclavos constantemente de la opinion, tienen que serlo á la vez de las apariencias y las sospechas, y su papel social es tan dificultoso y delicado, que es casi imposible que sea desempeñado debidamente sobre todo en las populosas ciudades en que el hombre corrompido y seductor lleva pendiente de su lengua el decoro, el honor y la opinion de una muger honrada. Esta es la causa porque las mas celosas de su propia reputacion prefieren el tranquilo, pero monótono y fastidioso aislamiento, á la sociedad llena de vida, de movimiento y de distraccion; pero tambien de peligros y lazos que el hombre ofrece y prepara á la muger para burlarse despues de su candor y docilidad, empleando vilmente de este modo su astucia y ascendientes sobre la muger, cuando solo debiera respetarla, enseñarla y dirigirla por el camino de la felicidad.

ARTÍCULO II.

Si hemos de presentar á nuestras amables suscriptoras, un cuadro en el que ligeramente bosquejemos lo que fueron las mugeres en los antiguos tiempos, lo que son en los modernos y lo que á nuestro juicio podrian y deberian ser para bien suyo y del hombre en sus diversas situaciones políticas y sociales, forzoso nos es recurrir á la historia y recorrer, aunque rápidamente, sus páginas al intento. Plutarco, para quien los hombres célebres no fueron indiferentes, ni lo fueron tampoco las mugeres, compuso una obra de sus acciones virtuosas, y la dedicó á cierta amiga suya llamada *Clea*, á quien sin duda alguna conoceria mejor el filósofo que nosotros. En ella dice: «Bien podria hacerse un paralelo entre Anacreon y Safo, entre Semíramis y Sesostris, entre Tanaguila y Servio, y entre Bruto y Porcia. Los talentos y virtudes se modifican por las circunstancias y las personas; pero el fondo es siempre uno mismo, y solo son diferentes el color y la superficie.» Despues habla de un gran número de mugeres de todas naciones, que dieron ejemplo de valor y de un generoso menosprecio de la muerte: cita tambien á las de Phocea, que antes de un combate en que se trataba de la destruccion de su ciudad, consintieron en sepultarse entre las llamas en caso de perder la batalla y coronaron de flores á la primera que dió este parecer en el consejo; menciona asimismo otras muchas que afrentaron á los hombres por haber hecho una capitulacion indigna; otras que ganaron batallas, asaltaron ciudades,

las defendieron, libertaron sus respectivas patrias, é hicieron otras mil proezas dignas de los hombres mas valerosos.

A todas estas prendas, tan generosas como marciales, y que parece hicieron salir de su propia esfera á las mugeres, añade Plutarco otras mucho mas blandas y mas propias de la gracia y mérito natural de su sexo. Eusalza las mugeres de una isla del Archipiélago, donde en setecientos años no se vió, segun dice, un solo ejemplo de flaqueza en doncella alguna, ni de infidelidad en las casadas. Esto lo dice Plutarco, no lo decimos nosotros; nosotros solo referimos lo que aquel dijo y reproduce Mr. Tomas. Alaba asimismo á las jóvenes milesianas pintando un rasgo suyo que merece la atencion de cualquier filósofo; juntábanse muchas de ellas y se daban la muerte á sí mismas, verificándose acaso este furor en aquella edad en que produciendo la naturaleza deseos vagos é inquietos, conmueve fuertemente la imaginacion, y admirada el alma de sus nuevas necesidades en los umbrales de la infancia, advierte los intervalos en que el humor melancólico sucede á la calma de las pasiones. No habia cosa que pudiese detener ó reprimir los suicidios, y fué preciso hacer una ley condenando la primera que se matase á ser paseada desnuda y espuesta en la plaza mas pública; ¡cosa bien rara! de tantas como desafiaban la muerte, no hubo siquiera una que se atreviese á desafiar el rubor aun después de la muerte misma, y al fin cesaron los suicidios. Ademas de esta obra de Plutarco, tenemos otra suya en loor de las mugeres de Sparta, donde cita varias acciones que acreditan su valor y su fuerza.

En esta historia se habla de almas femeniles harto diferentes de las que hoy conocemos: en ella se encuentra la naturaleza sacrificada por la patria; la honra antepuesta á la terneza, el nombre de ciudadana preferido al de madre; las lágrimas de alegría bañando el cadáver de su hijo tras pasado de heridas; las manos maternales armadas contra el hijo culpado de cobarde; la sentencia de muerte dictada contra su hijo indiciado de un delito; el dolor y la queja mirados como flaqueza ó como ultrage; la intrepidez hasta en la esclavitud, pues prisionera una de ellas y vendida como esclava, preguntándole, *¿qué es lo que tú sabes?* respondió con denuedo: *yo sé ser libre.* Repetimos que esto no lo decimos nosotros, lo dice un filósofo historiador; pero aun cuando la historia antigua vaya acompañada de la duda y desconfianza originadas por el trascurso del tiempo, no puede dudarse que las espartanas, en la época de que hablamos se hallaban fuera de la superficie de su sexo, y las leyes, las costumbres, las guerras y las necesidades que estas crean, las habian colocado á la altura de los atletas y de los héroes. Entre las antiguas griegas la imaginacion lo suplía y lo podia todo, y siendo esta viva y ardiente por naturaleza, y mas ardiente todavía por su situacion y género de vida, se hallaban siempre dispuestas á todo lo grande y sublime; los hombres eran como ellas, y por esto hicieron proezas cuya fama y admiracion durará tanto como la especie humana.

Como las mugeres eran sublimes, lo eran igualmente las sensaciones que producian, y esta es la causa de la perfeccion y arrogancia que admiramos en las obras artísticas de aquellos tiempos. Nada entonces era pequeño entre las griegas. Hasta los vicios eran sublimes, si es lícito decirlo así. Mientras las mugeres honestas eran un dechado de virtud en el solitario retiro de sus casas, las cortesanas eran en la calle una muestra viva de disolucion, y de travesura y atrevimiento en los gabinetes de los oradores y los políticos. Ilustradas con el trato de los poetas y los filósofos, las cortesanas tenian mucho

ascendiente sobre ellos y una parte directa en la direccion de los asuntos públicos.

En casa de la famosa cortesana Aspasia, se encontraban Sócrates y Pericles, y el irresistible Demóstenes, tan fuerte contra la tiranía como débil á los atractivos del amor, era subyugado por ellos á su placer, por lo que de él se dijo, que lo que habia meditado en un año, lo deshacia en un dia una muger. Miétras las leyes y las costumbres protegian y ensalzaban la pureza y el retiro de los matrimonios, las cortesanas tenian el imperio del bullicio y de las pasiones, y por esto la celebraban los filósofos, los poetas y los pintores. Aspasia decidia de la paz y la guerra entre los atenienses; en el templo de Delfos se hallaba la estatua de oro de Friné al lado de la de los reyes, y en su muerte se levantaba á las cortesanas sepulcros magníficos. Tal es, en suma, el cuadro que nos ofrece la historia de las mugeres griegas de la antigüedad, á cuya vista nos derriba la pluma de las manos el entusiasmo y la admiracion.

ARTÍCULO III.

Si cuadros interesantes y sublimes nos presenta la historia de las antiguas griegas, no nos los ofrece ménos animados y sorprendentes la de las antiguas romanas. Grave y austero aquel pueblo, por espacio de 500 años, no conoció mas pasatiempo en el hombre que el arado y la lanza: ni mas diversion en la muger que el huso y la aguja. Jamás pueblo alguno ha sido tan fuerte y poderoso como el pueblo romano lo era entónces, ni podia ménos de ser asi. Los hijos aprendian con el ejemplo de sus padres á ser laboriosos, sóbrios y valientes; y las hijas aprendian con el de sus madres á ser útiles, apacibles y buenas esposas. Ningun romano usaba entónces otro vestido que el que hilaba y hacia su muger ó sus hijas. Tal era la austeridad y la fuerza de las costumbres que ni aun las leyes podian menoscabarlas. Los romanos, guerreros y labradores á la vez, encontraban siempre en sus mugeres el descanso y el verdadero y sólido premio de sus tareas, trabajos y peligros, ya cuando volvian á su casa fatigados de las tranquilas labores del campo, y ya cuando entraban en ella con la lanza en la mano, y cubiertos del polvo y la sangre de las tumultuosas batallas y la victoria. Los que ataban al carro triunfal los príncipes y los reyes, los conquistadores del mundo, eran esclavos de sus mugeres dentro de sus casas. La naturaleza entre ellos estaba bien concertada; la muger ejercia el dominio que la corresponde sin traspasarlo, y el hombre lo ejercia de la misma manera. Por eso aquel pueblo era fuerte, por eso era poderoso, por esa dictaba leyes al mundo. Ridículo y hasta risible es oír lo que dicen de las mugeres ciertos hombres antiguos y modernos que aspiraron al glorioso renombre de filósofos, sin merecer otro en realidad que el de extravagantes y visionarios. Algunos las pintan como seres imperfectos, débiles y miserables, y otros como un mueble estéril y puramente de adorno. La muger es en nuestra opinion la rueda mas esencial de la máquina del mundo; lo aseguramos, sí, y estamos prontos á sostenerlo con la historia en la mano y las armas de la razon y de la filosofía. Intolerantes y viciosos los hombres, en general, por temperamento, por hábito y por el abuso constante de su poder, censuramos agriamente los defectos de las mugeres, sin advertir que si los tienen es nuestra y solo nuestra la culpa.

La muger es por naturaleza el centro de atraccion de todas las acciones del hombre, y las recibe como se las dan. Cuando el hombre es bueno, la

muger lo es igualmente; cuando es criminal y vicioso, la muger es su compañera; y no se crea que nos referimos á este ó el otro caso individual, hablamos en globo del uno y del otro sexo y de la sociedad en general. Cuando los hombres han sido sobrios, laboriosos y virtuosos, lo han sido á la vez las mugeres. Por eso en los tiempos heróicos del pueblo romano eran las mugeres un dechado de virtud y de austeridad, y por eso cuando los hombres degeneraron, degeneraron ellas á la vez. En esos gloriosos tiempos, sin embargo, las leyes de aquella nacion eran bárbaras respecto de las mugeres; autorizaban el divorcio arbitrario y tiránico, y daban al hombre el derecho sobre la vida de las mugeres; pero el uno y el otro estaban proscriptos por las virtudes y la honestidad de las costumbres. Luchaban las leyes con la verdad y la naturaleza, y su fuerza por consiguiente era nula. Apreciadas entónces las mugeres en lo que valian, se las honraba por todas partes. Se levantaron templos al pudor y á la honestidad; se reverenciaba en ellos á la diosa que presidia á los matrimonios y á la reconciliacion de los esposos, y se premiaba con decretos justos y honoríficos los servicios hechos por las mugeres. Todas ellas se vistieron de luto en la muerte de Bruto; y cuando en tiempo de Coriolano salvaron á Roma, las dió las gracias el senado, y mandó que los hombres las cediesen el paso por todas partes. Segunda vez salvaron á Roma en tiempo de Brenno, y el senado las honró de nuevo.

Despues de la batalla de Cannas, sacrificaron por su patria todas sus alhajas y riquezas, y el senado las recompensó. Cuando los tiranos las multaron é impusieron contribuciones, buscaron un orador que las defendiese, y no le hallaron. Preséntase entónces la célebre Hortensia, tan elocuente como su padre, y defiende la causa de su sexo y la suya propia. Al escucharla se avergonzaron los tiranos, revocaron sus decretos, y Hortensia llevada en triunfo, dió ejemplo de valor á los hombres, de elocuencia á las mugeres, y de humanidad á sus opresores. Pero ya entónces caminaba el imperio romano á su disolucion. Los hombres no eran fuertes y virtuosos como antes, y dejaron de serlo las mugeres. Una esfera mas halagüeña y dilatada se ofrecia á su imaginacion; sus necesidades iban siendo mayores cada vez y cada vez eran mayores y mas vehementes sus deseos. La forma de gobierno habia cambiado tambien, y los resíduos de la antigua austeridad vacilaban entre el heroismo y la disolucion. Durante muchos siglos estuvo cifrado todo el atractivo de los romanos en sus virtudes; pero ya entónces empezó á hacerse consistir en las apariencias y en la ficcion. El vicio rompió sus antiguas cadenas, y corrió furioso por todas partes; la licencia llegó hasta el frenesí de disputarse entre ellas un farsante á precio de oro; el ansia por los espectáculos llegó al extremo; no pensaban ya mas que en los teatros y en el desórden.

La historia nos dice que hubo flautista que se sorbió patrimonios enteros, y dió herederos á los descendientes de los Emilianos y Escipiones. Embotada la imaginacion por su misma sensualidad, no hubo capricho que no se satisficiera, y hasta se engañó á la naturaleza. Se vió danzar á las mugeres públicamente en el teatro sin velo alguno entre ellas y los ojos del espectador, último grado de vergonzosa disolucion. En medio de este caos hubo sin embargo mugeres de una virtud, tanto mas sublime quanto ménos comun. Porcia, hija de Caton y muger de Bruto, no pudo sobrevivir á este ni á la libertad, y murió con la feroz impavidez de su padre. Arria siguió su ejemplo y despues de traspasarse el pecho, le alargó el puñal á su esposo; á esta imitaron su hija, esposa de Tráseas, la hija de este y Paulina, muger de Séneca, que

se hizo abrir las venas juntamente con su esposo. Otras varias podrian citarse, pero basta lo dicho para probar que las mugeres de la antigua Roma fueron por espacio de muchos siglos un modelo de virtud y de austeridad, y que aun despues de corrompido aquel gran pueblo, por la variacion de las leyes y gobierno, y tantas otras causas, hubo sin embargo algunas romanas que se hicieron merecedoras de la inmortalidad.

ARTÍCULO IV.

Ligeramente bosquejado el cuadro que nos ofrece la historia de las antiguas griegas y romanas, descubrimos en él, sin embargo, los mas brillantes rasgos de heroismo y de sublimidad en las virtudes, y hasta en los vicios de las mugeres. Dotadas por la naturaleza de una fibra mas fina y delicada que nosotros, reciben con mas facilidad todo género de impresiones, y se hallan naturalmente mas dispuestas que el hombre á todo lo sorprendente y maravilloso, mezclándolo á la vez con la ternura y flexibilidad propias de su sexo. Vemos que en las distintas épocas del paganismo, las mugeres, no solo imitaron á los hombres en sus virtudes y en sus vicios, sino que constantemente los escedieron. Es pues indudable que la muger no es inferior al hombre, mas que en la fuerza, y en lo que de esta se deriva, como el sufrimiento de las privaciones físicas y de las fatigas. La revolucion que el cristianismo introdujo en las ideas y en las costumbres, se comunicó rápidamente al bello sexo y con una violencia tal, que espiritualizadas las mugeres, si nos es lícito decirlo así, se lanzaron á todo género de sacrificios, á las mas austeras privaciones, y hasta á las llamas, para adquirir de este modo la costosa corona del martirio.

El esmerado cuidado y asistencia de los enfermos, la austeridad de las costumbres, la caridad mas hermosa y consoladora, y la continencia tranquila y respetuosa, fueron el patrimonio apetecido de las mugeres en los primeros tiempos del cristianismo. Muchos hombres hicieron otro tanto; pero con ménos entusiasmo, con ménos fuerza natural para dominarse, y el celibato sufrió horrascas y naufragios desde su nacimiento. El cristianismo exaltó indudablemente mas la imaginacion de las mugeres que la de los hombres, y ni podia ménos de ser así; la exaltacion femenina no reconoce límites, se pierde en el inmenso espacio de lo sublime y maravilloso. Invadida la Europa por los bárbaros y vencida por ellos, no solo conservaron las mugeres la pureza del cristianismo en aquella catástrofe, sino que la comunicaron á los mismos vencedores. Colocadas algunas en el trono, dieron nuevo ensanche al cristianismo; las mugeres le llevaron á Francia, á Inglaterra, á Alemania, á Polonia, á Rusia y hasta á la Persia; ellas le purificaron en España y en la Lombardia, y quizás á este celo, á esta vehemencia se deba el espíritu de galantería que nacido entre los bárbaros, ha llegado hasta nuestros dias, aunque andrajoso y desaliñado. Anterior era sin duda su origen; pero su perfeccion data desde esta fecha.

Sabido es que los hombres del septentrion trataban con respeto á sus mugeres: ocupados en la guerra y en la caza eran una especie de leones, cuya ferocidad cedia solo á la vista de sus leonas. Allí nació la caballería andante; buscaban fuera de su patria la gloria de la victoria en los combates, para hacerse merecedores del aprecio de sus damas; los pleitos, el honor, la mano de una muger y la justicia, se conquistaban con la lanza; este era el código

universal, así como el de los leones lo son sus uñas y sus colmillos; allí nacieron los desafíos, que para mengua y vergüenza de la civilización de este siglo se conservan y ponen en práctica oscuramente entre nosotros por los cultos descendientes de tan ilustres progenitores. Llevados estos por una fuerza irresistible, por la fuerza de la naturaleza á adorar al bello sexo, cuyos encantos eran para ella un arcano incomprendible, creían que las mugeres adivinaban lo venidero, y veían en ellas unos seres mágicos, á quienes temían al mismo tiempo que idolatraban; y este fué el ilustrado origen de las brujas, hermanas gemelas de los desafíos. Antiquísima, sin embargo, era ya en el mundo semejante creencia, aunque las brujas no lo fueran tanto. Las mugeres eran los oráculos entre los griegos y romanos: y desde muy antiguo estaba reservada á las mugeres la medicina y la magia, ciencias que hasta cierto punto estamos nosotros muy lejos de disputarles.

Como todo lo malo se pega, no pasó mucho tiempo sin que á nuestras apacibles y honestas damas se les pegasen los modales y las costumbres de los señores bárbaros: se abrieron las puertas al recogimiento, y el trato fué ganando en altivez y galantería, lo que perdía en virtud y en honestidad, siendo de notar que mientras los bárbaros conquistadores del norte se declaraban esclavos de las mugeres del mediodía, otros bárbaros conquistadores levantaban las mazmorras de la esclavitud de las mugeres en el oriente. La complicación de los sucesos políticos, la mezcla de costumbres y genios diferentes, la relajación del cristianismo en la esencia, aunque conservado en las apariencias, introdujeron la confusión, el desorden y el menosprecio de los derechos sociales. Fué pues preciso que los galantes caballeros tomasen á su cargo el deshacer agravios, amparar doncellas, proteger viudas, y hasta cuidar de la seguridad de los caminos, convirtiéndose en otros tantos Hércules y Teseos.

Cada caballero elegía un núnmen tutelar que le ayudase y favoreciese en los duros trances á que se esponía, y este núnmen era su dama. Como el cristianismo y la galantería andaban el mismo camino, todo caballero antes de salir á sus aventuras se ponía de hinojos ante su idolatrada hermosura, y después de recibir su bendición, á guisa de penitente, salía ufano y erguido por donde á su rocín placía y acometía al mundo entero, si el mundo entero vencido por él era bastante á lograr que su dama premiase el valor de su fuerte brazo adornándolo con una cinta. La Europa entera era entonces un campo de batalla en donde los caballeros peleaban con ufania por merecer el más pequeño favor de sus envanecidas beldades. La fidelidad acompañaba constantemente al valor, y el amor era inseparable compañero de la honra, las costumbres andaban envueltas por todas partes con la ternura, la arrogancia y el heroísmo, el imperio de las mugeres era inmenso y encantador, y de aquí nacieron aquellos amores poéticos y sublimes, y aquellas pasiones tan vehementes como constantes; aquellas pasiones que las almas débiles y mezquinas son no solo incapaces de alimentar, sino de concebir; aquellas pasiones nobles que se hallaban en lucha con el respeto y las esperanzas, y en las que aquel era constantemente acatado y obedecido; aquellas pasiones, en fin, que alimentadas de goces ideales y de una elevada esfera, tenían por principal cimiento el honor, por sostenedores las hazañas, los obsequios y un valor no desmentido, y por término el heroísmo. ¡Venturosos tiempos aquellos en que el uno y el otro sexo, mejorando su condición, se elevaron sobre sí mismos!

LITERATURA.

Un verano en España.

Con este título acaba de publicar en Paris un bello libro el distinguido autor de la *Historia-museo de la república francesa*, M. Agustín Challamel. En él refiere con gracia y ligereza sus impresiones y sus recuerdos durante el viage que hizo por la Península en el año de 1842.

Es notable esta obra de M. Challamel, aparte de otras cualidades, por lo concienzudo de sus observaciones, y además porque no incurre en los gravísimos, en los groseros errores que suelen verter al tratar de nuestro país sus compatriotas, y á la cabeza de todos el insigne y nunca bien ponderado Teófilo Gautier. Ni es esto solo: el ilustrado viagero refuta á las veces con gracia y oportunidad las torpes calumnias de que con frecuencia somos blanco en boca y en pluma de estrangeros, locuaces ó mal intencionados.

Damos, pues, gracias á M. Challamel por haberse tomado el trabajo de estudiar nuestras costumbres; por no haber aceptado todas las vulgaridades que tradicionalmente se transmiten unos á otros, generalmente los viageros de su país. No se crea que el escritor frances que nos ocupa se halla libre de los defectos que censuramos; pero son imperceptibles los suyos en este punto, al lado de los que nos han asombrado é indignado juntamente en ese inolvidable Gautier, y en Roger de Becuroir que pagó con notable ingratitud la ovación que mereció del público en el teatro del Príncipe, y la buena acogida que obtuvo en la sociedad madrileña.

Vamos á trasladar á nuestras columnas algunos de los párrafos en que M. Challamel se muestra inteligente y concienzudo á la vez. ¿Qué ha sido de los tiempos en que los monarcas españoles derramaban el oro á puñados y contaban los días por las fiestas? Sin embargo, parece que entonces la España gustaba poco de los estrangeros, no admitiendo innovación alguna que no fuese exclusivamente española. Un patriotismo sin igual, llevado al extremo con frecuencia, habia granjeado á sus habitantes la reputación de hombres feroces é insociables, envidiosos de los estrangeros, dispuestos á recibirlos mal, y á disputarles la facultad de visitar uno de los países mas bellos del mundo. Yo ignoro si todo eso era verdad ó mentira antiguamente; pero aseguro que hoy la sociedad española es amable y hospitalaria, y que Madrid, moralmente, vale cuando ménos tanto como Paris. Desde el primero hasta el último grado de la escala social, puede sufrir dignamente la comparación.

Mas adelante se espresa así el autor: «He recorrido diferentes veces la capital de las Españas; me he paseado de intento por los barrios estraviados, cerca de las puertas, en los arrabales, en los mercados, y hasta me acuerdo de haber dado casi la vuelta á Madrid

estramuros. El pueblo no tiene costumbre como en Paris de salir á bailar los dias festivos fuera de la poblacion: sin embargo hay algunos bailes públicos dignos de observacion; las danzas son muy características, pero no indecentes. Hay mucha aficion á la música popular, y nada mas comun que ver á un hombre grosero preludiar hábilmente en la guitarra.

«Lo confieso: no doy fe ni á una palabra de cuanto han dicho los viajeros, mis antecesores, acerca del estado de corrupcion en que se encuentra Madrid. Segun ellos, no hay muger desde la mas ilustre duquesa hasta la mas humilde criada, que por la noche no dé citas amorosas; y los hermosos ojos de las señoras solo se abren para prodigarles miradas incitantes. Cuenta justa, tantos dias, tantas conquistas. Asi ponen en práctica todas las intriguillas de nuestras comedias, y quieren que se les tenga por un *D. Juan Tenorio*, ó por un *conde de Almódiva*. Dichosos mortales! Mas parece á mí que en Madrid como en otras partes, las mugeres no persiguen á los hombres, y que se hallan *mas virtudes* que se pretende. Cierito es que la familiaridad es mayor en Madrid que en Paris en el trato íntimo; pero eso nada supone; y las *tertulias* se componen de caballeros bien educados y galantes, que no tienen la ridícula pretension de haber prendado á una señora, porque les haya dirigido un cumplimento, especie de fatuidad muy comun en Francia.

«Nada hay tan gracioso y tan interesante como la conversacion de las damas españolas; pues poseen una elocuencia natural, cuya accion la constituyen sus gestos y sus miradas. Por qué se ha de interpretar torcidamente esta amabilidad, y por qué atribuirla á fines reprecensibles? Yo me acuerdo de haber ido á visitar al marques de G... uno de los banqueros mas ricos de Madrid; y hallándose ausente, nos recibió su hija como lo hubiera hecho una muger casada hablándonos con rara soltura y esquisito buen tono. Suele acrecer la belleza de las españolas una espresion misteriosa y altiva que aparece en su rostro, y presta mayor interes á su persona: es una especie de enigma que se necesita adivinar. Su talento, á las veces burlesco, desconcierta frecuentemente al hombre mas osado. Diríjese un cumplimento á una señora, y se sonrie. Es de contento ó de incredulidad esta sonrisa? Ni uno ni otro: es solamente porque habeis pronunciado mal algunas palabras. Qué desengaño! Yo paseé en Madrid con algunos jóvenes extranjeros como yo, que tomaban de muy buena fe aquellas sonrisas por un adelanto, y que suspiraban en el Prado detras de alguna de las lindísimas mugeres que se reian bajo su mantilla del galanté francés enamorado de sus negros ojos.» Sea esto dicho sin ofender á las *manolas* y á algunas madrileñas romancescas, para quienes los lauces amorosos con un extranjero, con un francés sobre todo, continúan siendo siempre el título mas bello de la novela de su vida; sea dicho, en fin, sin negar esas situaciones excepcionales, que suelen ocurrir lo mismo en Francia que en España.

En el capítulo que titula *Mr. Challamel Madrid moral*, paga su tributo de gratitud á las personas que le fueron mas útiles en nuestra capital. Transcribimoslo, porque se refiere á escritores conocidos.

«Tenia ya en Madrid algunas relaciones antes de llegar; otras las hice despues á favor de cartas de recomendacion. Apenas hube descansado, dediquéme á presentarlas. El viagero es un voluntario en el ejército de los carteros. Si tiené que pasar tres dias en una ciudad, los dos y medio al ménos há de emplearlos en entregar encargos; en llevar este ó el otro paquete al señor fulano; esta ó aquella carta á la señora mengana, etc. Y cuando digo volunta-

rio, yo me entiendo: quizás sería preferible la palabra *quinto*. Salís mañana para cualquiera parte y hoy una infinidad de individuos, mas ó ménos amigos vuestros, os rogarán que les sirvais de tal manera, que os será imposible negarles nada, sin que os tomen por un egoísta ó por un hombre grosero. Afortunadamente mis cartas de recomendacion me fueron todas útiles. Así lo presagiaba, y las llevé sin tardanza. Una de ellas dirigida á D. Ramon Mesonero Romanos, literato español, me puso de excelente humor. Yo chapurreaba el idioma castellano como puede haberse conocido en lo que narrado llevo de este viage; por el camino, iba coordinando mi frase de introduccion con el Sr. Mesonero. Subí la escalera de una casa de buen aspecto, y llamé á una puerta por medio de una enorme aldaba de hierro colocada debajo de un postiguillo, como los que hay en las puertas de los conventos. Abrióse la rejilla y apareció á través de ella una preciosa cabeza de muger, preguntóme en español lo que quería; contesté y díjome que el Sr. Mesonero vivia en el piso inferior. La linda jóven abrió la puerta; dió algunos pasos en la meseta de la escalera, y fijando en mí sus grandes ojos negros, y señalándome la puerta á donde debía llamar, me saludó con exquisita amabilidad. Un instante despues habia entrado en su habitacion; y yo repetia mi llamamiento. Abrióse otra regilla y yo lancé á una criada vieja que salió las siguientes palabras:

— ¿Está el Sr. Mesonero Romanos?

— Sí, señor.

La criada me hizo entrar en un pequeño corredor, en donde su mismo amo vino á buscarme. Yo lancé la segunda frase que traia prevenida:

— Una carta...

Por lo visto conocíase que yo no era español; porque el Sr. Mesonero me tomó de la mano diciéndome:

— Hable V. frances.

No recuerdo por el pronto nada que me satisficiera mas por entonces. Hallábame á punto de tener una buena conversacion con un hombre distinguido. Así fué: el Sr. Mesonero ha residido mucho tiempo en Francia, y pertenece á ese número de españoles que han estudiado en Paris, y que trasplantan diariamente nuestra civilizacion á España. Ofrecióme cortesmente sus servicios, y me hizo entre otras recomendaciones la de que fuese justo si escribia acerca de su pais. El Sr. Mesonero conoce las costumbres españolas como Balzac conoce la sociedad francesa. Sus *Escenas Matritenses* han logrado los honores de una tercera edicion; éxito extraordinario allende el Pirineo. Incitóme tambien á visitar todos los barrios de Madrid, los mas feos como los mas honitos; porque ese es el único medio de conocer la fisonomía verdadera de una ciudad; y no me arrepentí de haber seguido sus consejos.

Desde allí fui á casa de D. Ramon de Navarrete y Landa, autor de *Calderon*, drama de gran mérito. Iguales precauciones, igual temor por mi parte para formular la frase de introduccion: el mismo resultado tambien, porque el señor Navarrete habla frances. Este jóven literato, á quien puedo llamar mi amigo, me facilitó la entrada en el *Ateneo de Madrid*, establecimiento fundado por personas eminentes y que es á la vez una escuela, una biblioteca y un salon para conversacion y lectura. Encuéntranse allí casi todos los periódicos franceses y otros muchos de diferentes paises. Como puede conocerse, es un instituto vasto y útil; un punto de reunion para las notabilidades de Madrid, y un centro tal como no existe en Paris, donde los círculos son para cada barrio separadamente. Yo gustaba mucho del *Ateneo*: allí encontrábame en Francia por medio de la lectura de nuestros papeles públicos.

¡ Ah ! Cuán fácilmente se comprende el influjo de la prensa, cuando cae cualquier diario en manos de uno á cuatrocientas leguas del país donde ha nacido ! La distancia presta interes al hecho mas trivial ; y hasta en un artículo del *Constitucional* se hallan atractivos. Gracias tambien al Sr. Navarrete, obtuve tambien un billete para ver la Moncloa, de la que ya he dicho algunas palabras. Solia encontrarme tambien en el Prado con el jóven escritor y trocábamos nuestros recuerdos ; yo le hablaba del Retiro y de la calle de Alcalá, él de las Tullerías y del *Boulevard* de los italianos ; porque el Sr. Navarrete ha estado dos ó tres veces en Francia, y gusta de ella como todos los españoles que la visitan. »

El libro de Mr. Challamel contiene bellísimas descripciones, y anécdotas contadas con gracia y ligereza ; en fin, despues reasume su opinion general acerca de nuestro país en los términos siguientes :

« La España, tan poco conocida y de la que se habla tanto, sin embargo, no ha sido juzgada hasta el dia en nuestra opinion, con imparcialidad ni con detenimiento. Confesamos que nuestras simpatias le pertenecen ampliamente ; mas, ¿ qué otro país le lleva ventajas bajo el aspecto pintoresco ? En punto á su situacion intelectual, no se encuentra en el atraso que algunos quieren suponer. Hállase ademas en una infancia política, cimentada por la sangre de las guerras civiles, y por los desastres inseparables de las revoluciones. Yo he visitado la España como artista, y sobre todo como observador. Nada hay allí fijo aun ; pero los espíritus están cansados, y quieren llegar á un fin cualquiera, con tal de que sea estable. Todos aguardan, y quizás se acerca el dia en que han de realizarse muchas esperanzas. Y sin embargo, ¿ quién se atreverá á asegurar que la España ha hecho la última de sus revoluciones ? ¿ No es creible al contrario que un sacudimiento terrible pondrá fin á esa anarquía que la devora ? (1). Problemas políticos son estos que por sí solos se resuelven. Al recorrer la España, el artista busca ante todo recuerdos, el observador piensa en el porvenir, y queda descontento de lo presente. ¡ Ah ! No se hable mas á ciegas de ese país sin conocerle ! Presentémosle tal como es ; ni se le ensalce, ni se le calumnie. Su desgracia exige que se le juzgue gravemente ; si no he profundizado mas en esta breve narracion el estado político y social de la Península, es porque pienso que fuera en mí una temeridad inconcebible. *Un verano* pasado en España, permite apenas conocer la naturaleza, *el estilo de la nacion*, si se me tolera la frase. Despues, así lo espero, cuando un segundo viage me haya iniciado mas completamente en las costumbres de España, examinaré algunas importantísimas cuestiones que ésta ha suscitado. Ahora no he hecho mas que describir superficialmente la patria de Mariana, de Calderon y de Olivares. »

Grato es por Dios ver espresarse con tanta templanza, con tanto juicio á un extranjero, acostumbrados como estamos á ser víctimas de su ligereza. Reciba Mr. Challamel nuestra gratitud y nuestro parabien, así como el señor Mesonero Romanos cuyo prudente consejo aceptado por el ilustrado escritor francés, puede haber influido no escasamente en esto.

Las condiciones materiales del verano en España son bellísimas y le adornan diferentes vistas debidas á nuestro apreciable artista D. Genaro de Villamil y al autor mismo. Hállanse ejemplares de la obra en la librería de Moñier, Carrera de San Gerónimo.

(1) Téngase en cuenta que Mr. Challamel escribia esto durante la regeneración de Espartero ; sus previsiones sin duda se han cumplido : el levantamiento nacional de junio ha acabado con la revolucion en nuestra patria.

POESÍA.

DOLORAS.

QUIEN VIVE, OLVIDA.

EL. — ¡ Cuánto amor, Adela mía,
aquí un día
me juraste, y te juré!

ADELA. — Por cierto que fué en noviembre,
y en diciembre
me olvidaste, y te olvidé.

EL. — Allí grabé con pasión
la espresion
de que «vivir es amar.»

ADELA. — Bajo espresion tan traidora,
graba ahora,
que «vivir es olvidar.»

EL. — Aun por ti mi amor se inflama,
porque el que ama
nunca olvida, si ama bien.

ADELA. — No hagas de tu amor alarde,
que, aunque tarde,
«a gran amor, gran desden.»

EL. — Entre estas ramas, ¡ay triste!
me dijiste:
«no te olvidaré jamas.»

ADELA. — No acerté, en mi error profundo,
que en el mundo
«quien mas vive, olvida mas.»

EL. — ¿Cuándo con locos extremos,
volveremos
á amar con tan ciego ardor?

ADELA. — Nunca, pues ya hemos sabido
«que el olvido
sigue, cual sombra, al amor.»

EL. — ¡ Tiempos felices aquellos
en que, bellos,
«vivir era idolatrar!»

ADELA. — ¡Quién entónces (pena fiera!)
nos dijera
«que vivir es olvidar!»

VENTAJAS DE LA INCONSTANCIA.

*Despues de amarla, olvidala que el cielo
la inconstancia al amor le dió en consuelo.*

PATRICIO M. DE RAYON.

I.

¡Ay! anoche te escuché,
(el que escucha oye su mal)
cuando á otro hombre por tu fe
le jurabas fe eternal.

¡Imprudente!
nadie quiere eternamente:
y que pase un mes y otro mes,
y me lo dirás despues.
Aunque nuestro amor fué estraño,
ya no llore
ni mi engaño, ni tu engaño,
pues no iguoro
*que la inconstancia es el cielo
que el Señor
abre al fin para consuelo
á los mártires de amor.*

II.

Despues ¡ingrata! ¿qué hiciste?
¿fué el ruido de un beso aquel?
bien te oí cuando dijiste:
-«No hice otro tanto con él.»

¡Ay, Victoria,
cuau frágil es tu memoria!
ruega á Dios que siempre calle
aquella fuente del valle....
Si me engañas, ya antes ducho
te engañé,
porque, aunque me amabas mucho,
yo bien sé
*que la inconstancia es el cielo
que el Señor
abre al fin para consuelo
á los mártires de amor.*

III.

Por último, ¡horrible paso!
dijiste, al partir, de mí:
-«Es un...»- Ah! mas por si acaso
lo dije yo antes de ti.

Sí, Gacela,
aquí el que no corre vuela:
lo que tú hoy de mí, yo ayer
dije de ti á otra muger.

Que los seres en amores
 adiestrados,
 todos son engañadores,
 y engañados,—
pues la inconstancia es el cielo
que el Señor
abre al fin para consuelo
á los mártires de amor.

IV.

Adios: te juro leal
 por el que nació en Belen,
 que nunca te querré mal,
 si no te quise muy bien.

Con que, á Dios:
 Navia y julio á veintidos:
 Hoy por mí, y por ti mañana:
 ¡tal es la doblez humana!

Si te ama algun importuno,
 ó imprudente,
 llegases tú á amar á alguno,
 ten presente

que la inconstancia es el cielo
que el Señor
abre al fin para consuelo
á los mártires de amor.

A DIOS PARA SIEMPRE.

A CAROLINA.

Porque no infiel juzgueis á mi memoria:
 aunque os digo *por siempre* al huir de vos,
 la eternamente lamentable historia
 vais á escuchar de mi primer á Dios:

—«Era una niña como vos, afable,
 lozana, y pura y celestial cual vos.»—
 ¡Quién al dejar á un ser tan adorable,
 podrá decirle: *para siempre á Dios!*

—«Partí... y la fama me contó su muerte.»—
 ¡Guárdeos el cielo de su suerte á vos! :
 y al recordar su abominable suerte,
 dejad que os diga: *¡para siempre á Dios!*

Pues siempre, herido de dolor tan fiero,
 desde aquel dia, como ahora á vos,
 á cuantos seres con el alma quiero,
 ¡á Dios, les digo, *para siempre á Dios!*

RAMON DE CAMPOAMOR.

Bibliografía.

VIDA ANECDÓTICA DE LUIS FELIPE, DUQUE DE ORLEANS, AHORA LLAMADO REY DE LOS FRANCÉSES.

Al dar al público una serie de anécdotas de la vida de Luis Felipe de Orleans, rey actual de los franceses, tomadas todas de documentos auténticos sobre su vida particular; advertimos al lector que en ellas no debe buscar un juicio sobre las causas que le han elevado al trono, ni conjeturas políticas sobre su reinado. Un Borbon heredero de las virtudes religiosas de su augusta madre, bien conocidas y no olvidadas en Figueras y en Mahon, donde residió en su espatriacion en la revolucion pasada, y todas las domésticas innatas de los príncipes de la casa de Borbon, es lo que debe prometerse al leer la vida de Luis Felipe de Orleans.

Si nuestra insuficiencia nos permitiese introducirnos en la política, tampoco creemos nos faltarian razones para bendecir la Providencia por haber dispuesto que el año 92, haya encontrado un príncipe de la familia de Borbon, que aprovechando el prestigio que le han proporcionado sus virtudes domésticas, sacrificando su reposo para procurar contenerla y volver con el tiempo á la legitimidad sus derechos, y él al descanso que tanto apetece. El que en Suiza se dedicó á la enseñanza le creemos muy capaz de este hecho heroico, y nos inclinaria á creerlo el pronto reconocimiento de su gobierno por todas las potencias europeas con las cartas á los soberanos que han corrido impresas en los periódicos, atribuidas al rey de los franceses al tiempo de su advenimiento. Pero esta no es más que una opinion particular que nos regocijariamos ver realizada.

Se vende á 6 reales en el despacho de los señores viuda de de Jordan é hijos, calle de Carretas.—Madrid.



F. Guasp editor.—Imprenta nacional.